

LIBRO SÉPTIMO

MANUEL KANT Y LA FILOSOFÍA CRÍTICA

I.—Característica y biografía.

Toda gran obra intelectual tiene su particular destino. Como ofrece una multitud de ideas inspiradoras, los aspectos y las cualidades que hacen de ella un objeto de asimilación y admiración, podrán variar hasta el extremo, según las distintas épocas y el pensamiento, que para el autor de esta obra era el pensamiento genético, no ha de fijar necesaria ni definitivamente la significación durable de ella. Desde la aparición de la *Crítica de la razón pura*, se ha publicado una nueva edición de ella cada diez años, y hoy todavía esta obra es objeto de un estudio más extenso y más profundo que las demás obras filosóficas. Lo que más sorprendió á los contemporáneos, fué la pulverización de las pruebas que se adelantaban de las ideas religiosas y la energía con que Kant afirmó la sublimidad de la ley moral, demostrando su conexión íntima con la naturaleza espiritual del hombre. Para un grupo especial, la solución del problema del conocimiento venía en primera línea. Pero todavía aquí se podría apoyar en diferentes puntos. Sería fácil señalar que la facultad de la razón de llegar al conocimiento sin la ayuda de la experiencia, está afirmada, ó bien, que la legitimidad de este conocimiento se reduce al mundo empírico. Se podría po-

ner de relieve el lado idealista del sistema, según el cual la razón determina lo que es la realidad, y podría también desentrañar el aspecto idealista, según el cual la actividad de la razón solo adquiere un valor real recibiendo su materia de una fuente á la que no puede ascender. En fin, puede concentrarse el interés principal alrededor del análisis psicológico de la naturaleza y del modo de acción de la conciencia, ó alrededor de las consecuencias que de ello pueden deducirse concernientes á las condiciones y límites del conocimiento. Estos motivos diferentes han decidido la influencia del sistema en las épocas siguientes, y han predominado, ora el uno, ora el otro. La tarea del examen histórico es mostrar las relaciones recíprocas de estos diferentes motivos en la filosofía de Kant y en su evolución. Acaso entonces será posible reducirlos todos á un motivo fundamental, que una el interés por la teoría y por la práctica, las tendencias especulativa y empírica, el objeto de la psicología y de la teoría del conocimiento, y que Kant mismo designaba con el nombre de *conocimiento de la razón por sí misma bajo una forma científica*. (Prolegómena, § 35.)

Según la concepción de Kant, el pensamiento sobre las cosas comienza *dogmáticamente*, es decir, en una confianza involuntaria, y frecuentemente sencilla en su propia fuerza y en la legitimidad de sus propios postulados. Por esto el pensamiento cree resolver todos los problemas y penetrar hasta en la esencia más íntima del mundo. Es el tiempo de los grandes sistemas. Enseguida viene una época en la que se descubre que estos edificios de pensamientos no alcanzan hasta el cielo, y que los arquitectos no pueden entenderse con respecto al plan. Es la época de duda, de *escepticismo*. Se ridiculizan los ensayos inútiles, las contradicciones internas, y se consuelan, ora resignados, ora consumidos, del resultado aparentemente negativo. Es esto una reacción natural contra el dogmatismo ciego. Kant va contra estas dos tendencias. Declara que hay un problema abandonado igualmente por dogmáticos y escépticos, á saber: examinar la naturaleza de

nuestro espíritu, de nuestro conocimiento, de nuestra conciencia, para descubrir de qué formas y facultades disponemos para comprender las cosas, y hasta dónde pueden llevarnos estas formas y estas facultades. Kant halla la forma fundamental de todo nuestro conocimiento en la unidad que se esfuerza en realizar todo conocimiento. El conocimiento reunido reanuda en todos sus grados lo que está diseminado. La más sencilla imagen sensible es el producto de la combinación de varias impresiones diferentes, y esta misma huella de unidad se encuentra en el más grande sistema á que puede elevarse el pensamiento en su vuelo más atrevido. En esto, los sistemas dogmáticos emanan de una impulsión real del hombre. Lo quiere abrazar todo bajo la forma de unidad. Aquello á que el conocimiento tiende en todos sus grados, son ensayos realizables. Pero Kant demuestra, por otra parte, que el conocimiento está unido á la experiencia, y que esta investigación de la unidad se resuelve en contradicciones, cuando se arriesga más allá de los límites de la experiencia, ó al menos, cuando no puede suministrar ninguna prueba del valor de sus resultados. Empleando una de las numerosas y excelentes imágenes de Kant, sucede al pensamiento lo que sucedería á la paloma si, porque le es tan fácil volar por los aires, llegase á creer que aún era más fácil volar por el vacío. Esta es precisamente la resistencia que lleva adelante, pero que al mismo tiempo, impone al movimiento los límites. Los escépticos son injustos, porque solo contemplan los sistemas dogmáticos cuando ya están hechos. Es preciso remontarse á su origen, examinar cuál facultad humana y qué necesidad conduce á ello, y á qué condiciones están sometidos el empleo de esta facultad y la satisfacción de esta necesidad. Por medio de este conocimiento de sí, Kant quiere desembarazar al espíritu humano de sus obras precedentes, que fácilmente pueden llegar á ser trabas y barreras. Pero al mismo tiempo, quiere perseguir con una vista más clara el examen de las condiciones y de los límites con la misma facultad de donde han salido las obras anteriores. Prepara así una inteligencia

de estas obras que la negación y la crítica no podrían producir por sí solas. *Por ahí Kant ha establecido el programa de toda la ciencia del espíritu.* Verdaderamente, trabajó sólo en la solución de problemas filosóficos especiales. Pero desde el punto de vista establecido por él, posee un valor general tanto para el estudio de la religión, del arte, de la literatura y de las lenguas, como para el estudio de las instituciones y de las formas de la sociedad. Por tanto, las situaciones son análogas y la tarea es esencialmente la misma. Al estudiar las facultades que han producido las obras de los tiempos anteriores, se trata de realizar la manumisión de estas facultades de un modo que las permita cumplir la obra del porvenir con una inteligencia más clara. Se trata de demostrar y de conservar la continuidad mientras se cumple la metamorfosis de las facultades. En el fondo, era esta la tendencia que se manifestaba en el grande y profundo trabajo de pensamiento de Kant, y esto fija su posición central en la historia del pensamiento moderno, aunque se abandonen para siempre gran número de sus doctrinas favoritas.

La vida de Kant no presenta nada sensacional, interesante ni sorprendente. Fué una existencia tranquila, inteligente, dedicada á la ciencia. Vivía como sencillo burgués, con un tono bastante acentuado de filisteísmo. Pero de la profundidad de esta vida exterior modesta y poco notable, surgieron grandes pensamientos, que iluminaron el conocimiento humano y la vida humana. Y el sentimiento de lo grande y de lo sublime—esta especie de sentimiento estético que Kant ha sido quien mejor lo comprendió y describió—florece acaso más fácilmente en las posiciones modestas, supuesto que pueda percibirse un rincón del cielo. Desgraciadamente nos falta materia con que pintar el desenvolvimiento interior y personal de Kant. Los biógrafos que le tenían más cerca y que inmediatamente después de su muerte han suministrado datos sobre su vida y carácter (Borowski, Jachmann y Wasianski), dieron principalmente particularidades exteriores y no nos dejaron ningún dato sobre los íntimos motivos que obra-

ron en su admirable desenvolvimiento. Las cartas conservadas provienen en su mayor parte de los últimos años de su vida. Estamos, pues, reducidos á construir por sus escritos el desenvolvimiento de su espíritu. Antes de intentar resolver este problema, debemos detenernos un momento en los puntos en que culmina su vida.

Manuel Kant nació el 22 de Abril de 1724 en Königsberg. Su padre, guarnicionero, era originario de Escocia; se llamaba, en realidad, Cant, pero el filósofo cambió la C en K para evitar que fuese pronunciada como una S. Los padres eran de robusta y sana naturaleza; su fe pietista les hacía soportar resignadamente los infortunios de su existencia. La madre, sobre todo, ejercía ascendiente sobre Kant. Su pietismo no la cerró los ojos á la belleza y magnificencia de la naturaleza, hacia la cual se esforzaba en dirigir la mirada del hijo. Más tarde, Kant hablaba frecuente y entusiastamente de sus padres, y la inclinación á la vida interior, que es una marca distintiva del pietismo, dejó huellas en su desenvolvimiento ulterior. El pietismo de Königsberg era particularmente dulce y humano. Sin embargo, Kant sentía los aspectos desfavorables del pietismo: veía el formalismo y la violencia moral que producía, singularmente en la escuela, en donde las oraciones á horas determinadas y las costumbres impuestas, engendraban la hipocresía y la perversidad. Estas experiencias influyeron igualmente sobre la posición que adoptó más tarde enfrente de la religión. En la escuela se cultivaban, sobre todo, las lenguas clásicas, y Kant fué durante su vida un hábil latinista; una cita hecha oportunamente no dejaba de producir su efecto sobre él. Desde los dieciséis á los veinte años estudió filosofía con Wolff y la física de Newton en la Universidad de Königsberg. Su profesor en estas ciencias era Martín Knutzen, uno de los partidarios más independientes de Wolff. También estaba matriculado, aunque asistía muy raramente á clase, en teología. Vivía pobremente, por lo que se dedicó á dar lecciones particulares, y desde los veintidós años fué precep-

tor de diferentes familias nobles de la Prusia oriental. Aunque se creía poco profesor ha inspirado á varios de sus discípulos su profundo sentimiento de la libertad y del valor del hombre. Porque no puede ser, debido á la casualidad, el hecho de que algunos de ellos hayan sido los primeros en suprimir la servidumbre. El mismo Kant declaró, en una época posterior de su vida, que le conmovía en lo más profundo pensar en la servidumbre que había en su patria. Como preceptor de grandes casas, Kant adquirió una experiencia del mundo que no le hubiera podido procurar su vida retirada. Llegó á ser el mundano distinguido que podía testimoniar la vida de muchos de sus contemporáneos. Pero aprovechó al mismo tiempo estos años para amontonar profundamente ideas y conocimientos, que mostró desde los comienzos, ya como catedrático en la Universidad, ya como escritor. A los treinta y un años volvió á Königsberg (1755). En este año se dió á conocer como publicista y catedrático; todavía no había publicado más que una pequeña disertación (sobre cuestiones de física). Sus cursos eran populares, para las muchedumbres; trataba asuntos de geografía física y psicología empírica, ó exclusivamente sobre filosofía. Herder, que fué oyente de Kant durante varios años, á partir de 1762, ha dado de él, como profesor de filosofía en sus años de juventud, una pintura entusiasta. (T. III de las *Cartas para el adelanto de la humanidad*.) El mismo Kant enunció los principios de su enseñanza en un programa que data de este período: *Advertencia al público sobre la organización de mis cursos durante el semestre de invierno de 1765 á 1766*. Insiste desde el principio en la utilidad de una buena base empírica, con objeto de que no comience demasiado pronto sus especulaciones la juventud estudiosa; después declara que quiere enseñar á sus oyentes, no la filosofía, sino á filosofar, por la razón de que no hay filosofía acabada. Desde el primer período de su desenvolvimiento, de 1759 á 1769, rompe definitivamente con el dogmatismo. Pone por delante la reserva. La crítica independiente que

hace de sus maestros Newton y Wolff, es característica de este período. En una de sus más geniales obras, *Historia universal de la naturaleza y teoría del cielo* (1755), critica la opinión de Newton de que la constitución del orden actual del sistema solar no puede explicarse por medio de las leyes mecánicas de la naturaleza. Entonces emite su célebre hipótesis de que el sistema actual de los cuerpos celestes se formó en su origen de una nebulosa en rotación. Y en la rigurosa conexión de todos los elementos del universo, atestiguada por las leyes de la naturaleza, halla precisamente la prueba de que el universo entero tiene su última razón en un Sér absoluto que abraza todo. Así combina su concepción de la ciencia de la naturaleza con su concepción religiosa, arrojando completamente de ella desde ahora las pruebas ordinarias de la existencia de Dios. Ha utilizado esta concepción en la obra: *Unico fundamento posible de una demostración de la existencia de Dios* (1763). No tenía confianza en las construcciones dogmáticas de Wolff, y estaba convencido de que la filosofía debe progresar mediante el análisis para llegar á conceptos seguros y claros. Ha discutido esta cuestión en una serie de escritos que datan de los años 1762 y 1763. En este período hay que colocar, con mayor verosimilitud, la influencia recibida por Kant, según su propia declaración, de Hume y Rousseau. Como trataré de demostrar á continuación, la grave importancia que daba al análisis concedido como método filosófico debía, naturalmente, colocarle enfrente del problema de causalidad tal como lo había puesto Hume. Porque este problema tendía en absoluto á investigar cómo podemos fundar la idea de relaciones necesarias entre la causa y el efecto, si son estas dos cosas diferentes, de modo que no pueda hallarse el efecto analizando la causa. Rousseau, que había puesto muy de relieve el derecho del sentimiento y la diferencia entre la creencia y la ciencia, provocó igualmente una revolución en el pensamiento de Kant. Hasta allí, como buen filósofo de las luces que era, sólo en la inteligencia había visto la esencia y la nobleza del

hombre; ahora aprendió á encontrar una base más profunda, común á letrados é iletrados, gracias á la cual el obrero más modesto podía ser igual al más grande pensador. La llamada hecha por Rousseau al sentimiento inmediato y á la creencia inmediata, debió adquirir para Kant tanta mayor importancia, por cuanto él se hallaba en camino de mirar las pruebas sobre las que, hasta aquí, se había apoyado para admitir las doctrinas de la religión natural. De un modo general, Kant, como Rousseau, debía acabar naturalmente atribuyendo al desenvolvimiento intelectual una importancia más indirecta para la vida del espíritu de lo que había hecho al principio. Su propio trabajo de crítica le había conducido aquí en el mismo sentido que Rousseau, y cuando apareció el *Emilio*, Kant estaba preparado para apreciarlo. No hay que asombrarse de que, con gran extrañeza de sus vecinos, se olvidara de dar á la hora fija su paseo acostumbrado el día que recibió esta obra.—En las obras de este período concede gran importancia á la psicología como base de la filosofía, sobre todo de la ética, é invoca á Shaftesbury, Hutcheson y Hume, como á sus antepasados bajo este aspecto. Enfrente de las construcciones y de los sistemas especulativos, permanece escéptico. En los *Sueños de un visionario explicados por sueños de la metafísica* (1766), una de sus obras más espirituales, muestra cuán fácil es en un sentido construir vastas explicaciones espiritualistas, pero también cuán imperfectos y gratuitos son los conceptos con los que se construye, y concluye así: ¡Cuántas cosas no comprendo, pero de cuántas cosas no tengo necesidad! La ignorancia socrática, «la filosofía de la ignorancia» ó «la filosofía negativa», era entonces, como se ve en sus notas, su idea favorita. Dada su afición á las frases latinas, hubiera empleado la *docta ignorantia* de Nicolás de Cusa de conocer esta expresión.

Kant fué profesor libre de la Universidad hasta los cuarenta y seis años; su única posición oficial fué un empleo mal retribuido de sub-bibliotecario. La guerra de los Siete años,

con sus desdichas, contribuyó á impedir su nombramiento de profesor permanente. Rehusó una cátedra, que le fué ofrecida, de profesor de «poesía». En 1770 llegó á ser profesor de filosofía, apareciendo en este año su disertación latina *De mundi sensibilibus atque intelligibilibus forma et principiis*. (De la forma y principios del mundo sensible é inteligible; nosotros, para mayor brevedad, la llamaremos *disertación*.) Allí nacen, por vez primera, las ideas fundamentales de su filosofía definitiva; en varias declaraciones halladas en sus cartas y notas, señaló la fecha de 1769 como¹ la en que se formó su concepción fundamental. Así dice en alguna parte: «El año 69 me dió gran luz.» Y en sus últimos años sólo quería reconocer como suyas las obras escritas á partir de 1769 (1). El pen-

(1) En lo concerniente á las razones precisas de mi concepción del desenvolvimiento de Kant, remito á mi monografía: *La continuidad en la marcha del desenvolvimiento filosófico de Kant* (impresa en lengua danesa por la Academia real danesa de Ciencias, 1893; de sués en alemán, en el Archiv. für Geschichte der Philosophie, B. VII), con indicación de fuentes. Cuando Kant (véase la monografía ya citada) dice en muchos pasajes de sus cartas que la crítica de la razón pura es el producto de doce años de trabajo, Emilio Arnold (*Excursiones críticas en el dominio de la investigación sobre Kant*, Königsberg, 1894, págs. 112) cuenta estos doce años á partir del momento en que Kant escribió su obra, lo que se verificó, según él, después de 1778. Esto es verosímil en sí, pero mirando otros pasajes (citados en la misma página de mi monografía), que indican claramente el año 1769 como la fecha decisiva, es más natural contar los doce años partiendo de la publicación de la obra. Por el año 1766 podría hallar el hecho de que Kant, en su invitación á los cursos de 1765 á 66, emplea por la primera vez la expresión «crítica de la razón», hablando del problema de la teoría del conocimiento que pone. Pero hay que distinguir entre el principio de la meditación y su primer resultado. Este último, y por tanto la fecha decisiva, debe colocarse en 1769. Aprovecho esta ocasión para notar que, cuando redacté el cuarto capítulo de la monografía, y allí demostraba que la teoría de Kant sobre la concepción del espacio se debe á una subjetivación del espacio celeste de Newton, á la conversión de un *sensorium dei* en un *sensorium hominis*, no conocía la segunda parte del *Comentario de la crítica de la razón pura de Kant*, por Vaihinger, que da una explicación análoga. Mi disertación fué redactada en el verano de 1892, en el mismo año que apareció esta obra. Permítaseme también hacer una observación sobre las palabras «Die Erinnerung des Hume» citadas, págs. 43, libro 17. Kant emplea esta expresión en la introducción de los

samiento que iluminó entonces su espíritu, era éste: *las formas y los principios que son las condiciones por las cuales alguna cosa, en general, puede ser objeto de nuestro conocimiento, deben ser valdebras para toda experiencia*. En su *Disertación* aplicó este pensamiento al espacio y al tiempo, considerados como forma de nuestra intuición sensible. El segundo período de la evolución filosófica de Kant (1769-1781) está marcado por el advenimiento de esta idea y por su aplicación á todo conocimiento científico. Pero lo que atestigua la grandeza de este problema y la lealtad de trabajo del pensamiento de Kant, es que necesitó once años para extender esta aplicación de la intuición sensible al conocimiento intelectual. En la *Disertación*, sólo la intuición sensible está unida á la forma y á los principios subjetivos. El mundo sensible no es más que un fenómeno; pero con la ayuda del entendimiento podemos elevarnos por encima de él y conocer las cosas en sí. El mundo del pensamiento es real; el de la sensibilidad, fenomenal. Por cartas y notas que datan de 1770 á 1780, se ve cuánto trabajo le costó fundar su convicción de que el entendimiento, así como la percepción sensible, tiene sus formas y condiciones, y que, por esta razón, ningún conocimiento científico nos hace exceder el mundo fenomenal de la experiencia. Cuando Kant descubrió que el conocimiento del entendimiento, así como la intuición sensible, consiste en una síntesis, en una actividad de enlace y de combinación del espíritu, logró su objeto. Entonces consiguió por escrito, según

«Prolegomena». Siempre que he leído este trozo, he tomado el genitivo como un genitivo complementario. Según Vaihinger (Archiv. für Gesch. de Phil., VIII, págs. 439), el genitivo debe ser un genitivo sujeto, y «Erinnerung» significaría aquí, *admonición*, advertencia, y no *recordatio*, recuerdo. Si él tiene razón, algunas notas contenidas en mi artículo, «La continuidad en la marcha del desenvolvimiento de Kant», págs. 385 (Archiv.), deben desaparecer, porque entonces no se puede concluir que Kant haya estudiado á Hume antes de que la crítica de Hume le haya sido revelada. No obstante, veo que Adickes comprende estas palabras absolutamente en el mismo sentido que yo (y eso que no es «extranjero»). (Véase su *Estudio sobre Kant*, págs. 96).

su propia declaración, apresuradamente, en cuatro ó cinco meses, el resultado de una meditación que había durado largos años. Por eso no ha podido conceder gran importancia á la forma. Probablemente utilizó también bosquejos anteriores compuestos en épocas diferentes, sin examinar, siempre con cuidado, si concordaban por completo. Por esto, la *Crítica de la razón pura* (1781) es un libro que se lee con dificultad, no sólo por el fondo, sino también por la forma. Cuesta trabajo creer lo que refiere un biógrafo de Kant: antes de escribir Kant cada frase, la hacía examinar por su fiel amigo el comerciante Green. Si el estilo hubiera sido revisado por un hombre del oficio, de seguro es mucho más claro. Allí se encuentran gran cantidad de elaboraciones formales y gran parte de escolásticas. Kant mismo dice de su libro en una nota: cuando se le hojee parecerá el más pedante de todos, y, sin embargo, mira propiamente á abolir toda pedantería. Además de las contradicciones y petulancias escolásticas, se hallan también repeticiones supérfluas, que engendran la confusión ó la fatiga. A pesar de todo, este libro es una obra maestra, inmortal, de la filosofía, que marca una fecha en la lenta marcha del pensamiento humano. Al penetrar en el fondo más íntimo de la naturaleza del conocimiento, Kant llega á encontrar las condiciones sobre las cuales reposa y los límites, más allá de los cuales no puede conducir. Nos muestra el pensamiento en conjunto, en su grandeza y en su impotencia. La fe en la razón no ha quebrantado esta impotencia; los límites resultan de la propia naturaleza de la razón y están reconocidos conforme á las propias leyes de la razón. La investigación ha sometido después á una revisión las fronteras fijadas por Kant, y tan pronto las ha encontrado estrechas como anchas. En todos los casos, es lo cierto que no están precisamente donde él las hallaba, pero esto no disminuye en nada su grandeza, y sigue siendo el que, entre todos, tuvo la vista más sutil de la forma y de la actividad del conocimiento, y de la importancia del problema del conocimiento en la vida espiritual. Dos años después de la apa-

rición de su obra maestra, dió en los *Prolegomena* una exposición abreviada y vulgarizada de sus ideas.

Después de publicar la *Crítica de la razón pura*, Kant se impuso el trabajo de desenvolver sus ideas éticas. Ya en la *Disertación* había renunciado al modo psicológico de fundar la ética que antes había profesado siguiendo las huellas de los ingleses. Halló la razón activa desde el punto de vista práctico en la ley moral, tal como se manifiesta inmediatamente cada vez que nos sentimos obligados. Con un estilo vigoroso y claro, desenvolvió su concepción de la ética en los *Fundamentos de una metafísica de las costumbres* (1785); pero su obra capital sobre este asunto es la *Crítica de la razón práctica* (1788).—Kant tenía necesidad aún de un libro de fondo para acabar su filosofía crítica, que debía abrazar todos los aspectos de la vida. En la *Crítica del juicio* (1790), examinó los problemas que resultan de la belleza y de la finalidad de la naturaleza; se esforzó en resolverlos análogamente á como había resuelto el problema del conocimiento y el problema ético. Dió en esta obra profundos extractos, que indicaban una relación posible entre los diferentes dominios que antes habían sido separados netamente por sus exámenes críticos.

Kant vivió toda su vida en la Prusia oriental; pero observaba con gran interés todo lo que pasaba, tanto en el mundo físico, como en el humano. Los relatos de viajes eran su lectura favorita, y la geografía física jugaba gran papel, como él mismo decía, en su actividad pedagógica; seguía con atención el desenvolvimiento de las ciencias naturales, y observaba con curiosidad los sucesos políticos. La revolución de la América del Norte y la revolución francesa excitaron su entusiasmo y, en el interés universal que se experimentaba en Europa por tales sucesos, veía un indicio de lo que la humanidad hacía de los progresos en materia moral. Las últimas novedades en la ciencia de la naturaleza ó de la política, constituían de ordinario el objeto de su conversación con sus comensales. Llegó á ser célebre con la publicación de sus obras maestras. Los mejores espíritus del siglo se entusias-

maron por su obra de genio y por su concepción ideal de la vida y de sus objetos. De lejanas comarcas se venía en peregrinación á Königsberg para verle, y muchos se dirigían á él para consultarle sobre cuestiones de moral. Gozaba de gran favor cerca del poderoso ministro de Federico el Grande, Zedlitz, el cual se hacía enviar cuadernos de los cursos de Königsberg, conociendo por este medio las lecciones de Kant, que le dedicó la *Crítica de la razón pura*. El rey no sabía apreciar la literatura ni la filosofía alemanas; en sus años de juventud había sido un celoso discípulo de Wolff, y se adhirió más tarde á Bayle y á Voltaire. No obstante, Kant se tenía por feliz viviendo en el siglo de Federico, bajo un monarca que conducía el Gobierno con mano vigorosa, dejando al pensamiento que se produjera con libertad. Kant declaró que vivía en un siglo aun no del todo iluminado, pero que iba hacia la luz. (Véase su breve disertación: *¿Qué es esto de las luces?* (1784).

Pero llegó un tiempo en el que Kant fué mirado desde un alto lugar con otros ojos. Federico Guillermo II, príncipe disoluto y débil de carácter, que se entregaba al espiritismo y al misticismo, y se hallaba intimidado al mismo tiempo por el poderoso movimiento que se operaba en Francia, introducía la dominación de los clericales y una agravación de la censura. Zedlitz fué destituido. Wöllner, un santurrón de espíritu limitado, se encargó de dirigir los asuntos eclesiásticos y la enseñanza, instituyéndose un Colegio de censura compuesto de tres teólogos. Fijaron su atención sobre Kant en particular, el principal representante del libre examen, y hasta se buscó el medio de prohibirle que escribiera obras, aunque esto no llegó á conseguirse. Pero se desencadenó la tempestad cuando Kant publicó en 1794 su obra sobre filosofía de la religión: *Religión en los límites de la simple razón*. En ella se esforzaba en demostrar, colocándose en su punto de vista, la importancia del cristianismo como forma histórica de concepciones ideales éticas, haciendo reservas categóricas con respecto á la concepción ortodoxa. Había sido

prudente preguntando á la Facultad de Teología, de Königsberg, si el contenido de la obra debía ser sometido á la censura de los teólogos, y ante una respuesta negativa, logró de la Facultad de Filosofía el permiso para imprimirla (1). Esto no fué parte á impedir que saliese un rescripto imperial, provocado por Wöllner, en el que se le manifestaba el desagrado que al soberano causaban sus investigaciones, y se le amenazaba, caso de perseverar en el mismo camino. Este era un modo indigno de tratar al dulce pensador, que contaba entonces setenta años. Kant había hablado siempre respetuosamente del cristianismo y de su fundador, y sólo se había servido del derecho de examen para profundizar las relaciones del cristianismo con la naturaleza humana y la razón. Entre los papeles suyos se ve que meditó concienzudamente sobre lo que era preciso hacer. Escribió en una nota: «Retractarse, sería una infamia; pero callarse en un caso como este, es deber del súbdito.» En su respuesta se esforzó, pues, en probar lealmente que no se había hecho culpable de

(1) El libro tiene una historia interesante que no se ha esclarecido completamente hasta hace poco por Dilthey (*El conflicto de Kant con la censura á propósito del derecho de la libre investigación religiosa*. Archiv. für Gesch. d. Philos. III, págs. 418 y sigs.), y por Emilio Fromm (*Manuel Kant y la censura prusiana*. Hamburgo y Leipzig, 1894). El libro se componía de varios artículos, el primero de los cuales se publicó en la *Berliner Monatschrift*. El Colegio censorial se opuso á la impresión del segundo artículo. El redactor de la revista dirigió una queja al rey, y el asunto se remitió al Gabinete. En esta época precisamente recibieron, no obstante, un autógrafo real poco cortés por el poco apresuramiento que habían mostrado en favorecer las medidas adoptadas contra la prensa. Les decía en él que «hablaban en favor de los pretendidos civilizadores», y les expresaba la esperanza de que vigilando la literatura, protegerían la religión positiva y, por tanto, la organización del Estado (¡donosa argumentación!). En tales circunstancias, el Consejo de Ministros resolvió atenerse á la decisión del Colegio censorial. Entonces Kant publicó en un libro todos sus artículos.—Las expresiones por mí empleadas al hablar de Wöllner son muy poco benignas, si bien es cierto que Federico el Grande rehusó ennoblecerle, y escribió al margen de la petición la siguiente nota: «Wöllner es un trapacero, un intriguante cómico de la legua; no es nada.» (E. Fromm, pág. 19.)

ninguna falta; pero declaraba al mismo tiempo que, «como fiel súbdito de su majestad», se abstendría de escribir nada relacionado con la filosofía de la religión. Estas palabras contenían una reserva: la promesa, pensaba, no debe valer más que mientras sea súbdito del actual rey. Pocos años después moría Federico Guillermo II, y su sucesor inauguró una política más liberal. Kant volvió entonces á redactar escritos sobre la filosofía de la religión, y publicó (en el prefacio al *Conflicto de las Facultades* (1798), la historia de la desavenencia. Esta historia es un ejemplo irritante del modo cómo el fanatismo limitado se esforzaba frecuentemente en trabar el libre desenvolvimiento del espíritu. Felizmente, Kant no se dejó poner trabas, con lo que unieron lo ridículo á lo escandaloso. Los que pusieron la mano sobre la venerable figura de Kant, ocupan en la historia un lugar al lado de aquellos otros que amordazaron á Galileo, forzándole á que declarara la inmovilidad de la tierra. El espíritu es ya tan móvil como la tierra.

El último periodo de Kant fué una larga y triste disolución de esta facultad de pensar, cuya actividad había sido tan infatigable. Desaparecieron el recuerdo y el poder de combinación; le invadían ideas impuestas por violencia, sobre todo listas de palabras y canciones de su infancia; le atormentaban sueños desordenados durante la noche y una inquietud en todos los instantes. Presumióse que padecía de una enfermedad cerebral. En los periodos de calma se sentaba en su mesa para trabajar en su obra definitiva, de la que se conservan varios fragmentos: lleva el sello de la senectud, y al lado de algunos chispazos de genio contiene muchas repeticiones tomadas de las obras anteriores. Kant murió el 12 de Febrero de 1804, después de una larga agonía.

2.—Desenvolvimiento filosófico.

Dice Kant en alguna parte que el primer paso en filosofía es siempre dogmático. Para hablar así se fundaba, sin

duda, no sólo en la historia de la filosofía, sino también en la experiencia de su propio desenvolvimiento. Y, sin embargo, no se muestra resueltamente dogmático en ninguno de los escritos que tenemos de su mano. Desde el principio tiene el vivo sentimiento de que los grandes sistemas de la filosofía especulativa encierran imperfecciones desde el punto de vista científico, y ya en una disertación del año 1758 ejerce su ironía contra «los señores habituados á arrojar como un baldón los pensamientos que no han sido vertidos en el molino obligatorio del sistema de Wolff ó de algún otro sistema célebre». Lo que caracteriza el *primer periodo de su actividad de escritor filosófico* (1755-1769) es su descontento de los sistemas filosóficos precedentes, por lo que busca el modo de elaborar un edificio nuevo y más perfecto, aunque menos soberbio. En el curso de este trabajo adquiere la convicción de que á un sistema especulativo debe preceder el examen de los conceptos con los cuales operamos, conceptos que deben encerrar problemas muy grandes. Por esto, la metafísica llega á ser para él una ciencia de los límites del conocimiento. Cuando bastantes años después declara (en el prefacio á los *Prolegomena*, 1783) que es la advertencia de David Hume la que *ha interrumpido su sueño dogmático y ha impreso á sus investigaciones en el campo de la filosofía especulativa otra dirección distinta*, este sueño debe colocarse probablemente entre los años 1762-63. Pero lo que prueba la independencia de Kant, es que resulta imposible mostrar un solo punto de su desenvolvimiento en donde fuera preciso admitir la influencia netamente caracterizada de otros escritores para comprender la continuación del desenvolvimiento.—Para demostrar la concepción de la evolución de Kant, remito á mi disertación *La continuidad en la evolución filosófica de Kant* (trad. alemana en el *Archiv. für Gesch. der Philosophie*, t. VII); aquí sólo me detendré en algunos puntos capitales.

El valor positivo y durable de las obras de Kant que aparecieron antes de 1769, año en que, según su propia de-

claración, se constituyó su filosofía definitiva, consiste principalmente en dos ordenes de ideas.

a) Como se ha indicado brevemente, Kant se esfuerza en su *Historia universal de la Naturaleza*, en dar á la exigencia puesta por Newton de hallar una causa verdadera (*vera causa*) de todos los fenómenos, una aplicación mucho más considerable de la que hubiera creído posible el gran sabio, al que Kant comentaba. Por ahí vino á dar en su célebre hipótesis de la formación del sistema solar. Aquí aparece en Kant una tendencia que jamás abandonó. En la crítica de la razón pura (en la teoría del método) declara que las más atrevidas hipótesis son más admisibles que la invocación de lo sobrenatural. Esta diligencia en llevar hasta el fin la causalidad natural y en evitar un vacío en la cadena, prueba que la filosofía de la naturaleza y la filosofía de la religión de Kant están en íntimo contacto desde el primer periodo. Es partir de una hipótesis falsa, decía, crear que la naturaleza abandonada á sí misma produciría sólo el desorden y el caos. La naturaleza engendra el orden y la finalidad, no por la casualidad, sino conforme á sus propias leyes. El orden mecánico de la naturaleza que envuelve todos los fenómenos, y según las leyes del cual obran de concierto los diversos elementos, atestiguan precisamente la unidad de principio fundamental del universo, la existencia del poder infinito que se revela en los diversos elementos. Los átomos son (así lo desenvuelve en un interesante tratado de 1756: *Monadología física*) puntos de energía y no partículas extendidas, y el hecho de que obran de concierto según las leyes, muestra que entre ellos no hay separación original y absoluta. Si cada elemento del mundo tuviera su propia naturaleza particular, sería una casualidad que todos se armonizaran de tal modo que de ellos pudiera salir un universo. Sería imposible su acción recíproca si no dependiesen todos de un fundamento común. En este principio esencialmente hallan su explicación un orden mecánico de la naturaleza, y al mismo tiempo la finalidad de la naturaleza. En lugar de tener mie-

do porque la investigación de la naturaleza demuestre las causas físicas, se debiera más bien regocijarse de que el gran hecho primordial, á saber, la acción recíproca, la conexión de la naturaleza, brota de allí más evidentemente.

En el encadenamiento causal concebido como el hecho primordial, Kant halla la base sobre la que edifica su concepción religiosa. Hay una notable afinidad entre la marcha de su pensamiento y el de Spinoza, aunque sólo conocia á éste por exposiciones injustas y algo ligeras.—Por el contrario, rechaza desde luego las pruebas ordinarias de la existencia de Dios, sobre todo la prueba «físico-teológica», que de la finalidad de la naturaleza pretendia obtener la necesidad de admitir la intervención de un poder situado fuera de la naturaleza.

b) Pero aunque veía Kant en el encadenamiento causal de la naturaleza el «único fundamento posible de la demostración» de una concepción religiosa del mundo, hacia investigaciones sobre la naturaleza de nuestro pensamiento. Y se encontró con que consiste en la comparación y el análisis. 'Todo juicio reposa en la comparación de una cualidad con una cosa: ó la cualidad conviene á la cosa, ó no. Así procedemos continuamente en conformidad con los principios de identidad y de contradicción, y sólo podemos pasar de un concepto á otro si puede demostrarse la identidad del último con el primero, es decir, si puede hallar el segundo concepto por medio del análisis. La filosofía no tiene, como las matemáticas, la facultad de comenzar por la construcción y de crear en sí misma sus conceptos: debe hallarlos por medio del análisis de la experiencia—¿pero cómo puede fundar la convicción de que se ha ejecutado el análisis hasta el fin, de que no queda por descubrir ningún detalle? Kant deducía justamente la imperfección de la filosofía precedente, de que obraba en conceptos inacabados; confiaba en que se podía construir tan bien en filosofía como en matemáticas; pasaba precipitadamente del análisis á la construcción. Cita Kant dos ejemplos, en extremo importantes, de esta especie de con-